

A vista de guanche

# La alcaldesa de Bilbao

Por José Alberto Santana

Tres cosas me sorprendieron ahora en Bilbao: su alcaldesa, el espléndido salón de estilo árabe del Ayuntamiento, en una ciudad donde la «morisma» no impuso sus alfanjes ni su estilo arquitectónico, y el hecho de que a un cura, justo al lado mío, le robaron la cartera.

La alcaldesa de Bilbao, Pilar Careaga de Lequerica, es, si no la primera alcaldesa de España—que de esto no estoy muy seguro—, sí por lo menos la primera alcaldesa de una gran ciudad española. De todas maneras, hay que sentir en su haber otras importantes primicias. Fue la primera mujer que en nuestra Patria obtuvo el título de ingeniero industrial, cuando el máximo título profesional de las españolas era el de «ama de casa», y fue también la primera mujer—y creo que la última—que, como cualquier maquinista, condujo la locomotora de todo un tren desde Bilbao a Madrid. No chocó, naturalmente. A quienes, en cambio, sí chocó mucho la cosa es a aquellas personas que, en las estaciones del trayecto, veían de pronto a aquella guapetona muchacha aferrada a los mandos de la máquina, conduciéndola con esa mansedumbre y serenidad con que cualquier otra mujer sólo es capaz de conducir al marido.

Después de presenciar en Durango unos partidos de frontón a cesta-punta y en Elorrio, por ejemplo, esos tremendos festivales deportivos en los que los mozos compiten en fuerza, levantando enormes pesos o cortando troncos de árbol a ritmo de marathón, ante el delirio y las apuestas de la multitud, uno no se explica en principio que un pueblo tan viril, que rinde culto en sus ancestrales costumbres a la potencia de los brazos, haya podido confiar la rectoría de su gran ciudad, para que empuñe el timón con pulso firme, a las débiles manos de una mujer.

Pero luego, tratando uno personalmente a Pilar Careaga, cae en la cuenta de que si bien fina, elegante y hasta frágil en su aspecto externo, su espíritu tiene el indiscutible temple de esas forjas que salen continuamente de los Altos Hornos, allí junto al Nervión. Pilar Careaga no surgió de súbito a la política. Anteriormente había sido consejero de la Diputación Provincial, donde realizó una extraordinaria labor, y, ante mí, un señor de Valencia, que se había acercado para saludarla, le dijo: «¿Me permite una anécdota? Eran los tiempos del Frente Popular en mi ciudad de Valencia. Se había anunciado, con gran alarde propagandístico, un mitin de derechas en el principal cine de la población. Oradores: dos intelectuales conocidos de entonces y una mujer, jovencita aún. Asistí al mitin. Yo era también entonces un chaval. Aquella joven me cautivó por su oratoria y por la firmeza de sus convicciones. Hoy he venido a caer en la cuenta de que aquella joven oradora del año 1936, en Valencia, es la alcaldesa de Bilbao».

—Exacto, contestó Pilar Careaga sonriente. Aunque ha tardado usted mucho tiempo en darse cuenta.

Bilbao está actualmente en un momento de gran desarrollo y su alcaldesa lucha a brazo partido por afrontar toda una serie de problemas. «Sé, me dijo, que algunos pensarán, al ocupar yo este puesto, si he convertido la

## ALEJANDRO TOGORES y sus proyectos tras su participación en la Primera Exposición Nacional del Erotismo en el Arte

- ★ En la actualidad prepara una exposición que posiblemente presentará en Tenerife
- ★ El lunes ofrecerá una "premier" a los críticos y compañeros tinerfeños
- ★ "El erotismo tiene mucho misterio, mucha fuerza"
- ★ "Yo empiezo utilizando un procedimiento fotográfico para terminar con la técnica mixta del "collages"

### Entrevista: J. MARTINEZ DEL REGUERO



Alejandro Togores puede estar a las puertas de algo muy importante en el mundo de las artes plásticas. Es muy posible, y también muy probable, que el joven artista esté ya a muy pocos milímetros de la diana, en esta lucha suya por manifestarse sin rodeos, por expresarse explosivamente, ahora que parece que todas sus inquietudes se han metido en un canal que tiene su fuente en el arte erótico.

Togores —juventud, espesa barba negra, amuletos, chilaba,

mo fué eso? ¿Que circunstancias te animaron a dar un paso tan sumamente especial?

—Más que circunstancias, diría que me animó el atractivo del azar objetivo.

—¿Como llegas a la Galería Vendrés sin ningún historial sin un nombre artístico?

—Fui acompañando a Martín Chitino y José Luis Toribio. Le dijeron a la directora de la Galería algunas cosas sobre mis inquietudes, sobre mis experiencias. Ella, sin comprometerse lo más mínimo, me in-

sentare el lunes 28 en mi casa, en una "premier" que deseo ofrecer a la crítica, a los compañeros y a los amigos.

Alex Togores acaba de empezar, con paso firme, una im-

portante andadura artística, de la que nos ha hablado en la forma que queda expuesta. Queda, para conocer más de cerca al artista, su postura de hombre joven ante el actual fenómeno de la juventud como una realidad consciente de su tremenda importancia, pero al mismo tiempo dividida en las más opuestas vertientes, desde la actitud contestataria a la de la autodecoración personal con fondo de música pop, pasando por la entregada al vértigo de los coches deportivos. La respuesta de Togores a este planteamiento que le hacemos, constituye algo así como un resumen de su aspecialísima filosofía.

—No amo tanto las cosas como diluirme en ellas. Creo que el camino es el de la liberación. Yo quiero utilizar y crear a partir de la soledad y de la angustia. Hay un haikai que dice: "para distraer su soledad, la flor se embellece, el cuco canta y el bouzo ora".

Los especialísimos perfiles de la personalidad de Togores se manifiestan, una vez más, en esta especialísima respuesta al último tema que le hemos planteado. Togores ya está metido de lleno en el mundo del arte, con ese importante primer paso dado en la Galería Vandrés, con un ambicioso programa a la vista y con muchas ideas subiendo y bajando por los entresijos de la cabeza.

(Foto J. HERNANDEZ)

PEQUEÑA CRÓNICA DE SANTA CRUZ Por Juan Antonio Padrón Albornoz

## SOLEDAD ALTA Y SILENCIO HUMANO



La torre de piedra de la vieja iglesia, con ese su aire de todos los tiempos.— (Foto, Juan Hernández)

Las viejas casas del no menos viejo Santa Cruz van quedando en el recuerdo.

Sobre ellas, ciegos ya, los miradores ven limitados sus antes amplios horizontes sobre la mar abierta y libre.

Muros de cemento, cristal y acero, han apagado el rebrillar de soles de antaño y—empequeñecidos, rodeados de ciudad y de silencio, hondo y profundo silencio—los miradores ya no se abren, como antes lo hacían, hacia un naciente y hacia un ocaso.

Los viejos miradores no miran ya hacia aquel que fue su mar, su objetivo en la ciudad que poco a poco va dejando de ser, que ya casi no es lo que en otros años fue.

Recuerdo un mirador de mis años niños, un mirador que ya no se alza en una vieja—muy vieja—plaza de Santa Cruz que, aún, guarda recuerdos y ecos de un pasado que, por paradoja, es presente vivo, palpable. Y era aquel un mirador al que siempre imaginé hecho para el descanso en aquellas tardes de domingos, tristes, plenos de nostalgia, mientras—mar afuera—un lento velero rompía la sublime rectitud del horizonte.

Se asomaba uno por el mirador, sobre rojas tejas, a un mundo nuevo, a una soledad alta, a un silencio humano.

Bajo la rosada nube de tejas, aquellas humildes tejas canariás, había amontonamiento de viejo barrio con sólo dos aspectos para nuestros años niños: cortada sobre el cielo de oro del ocaso, la torre de piedra de la vieja Iglesia con ese su aire de todos los tiempos—de los yaidos para siempre, de los presentes y de los que vendrán—y, frente, azul y blanco de olas, el mar de la tarde pintado de barcos.

El viejo mirador—ese que ya no es—era un aislamiento vo-

Cal y arena

A TODO TRABAJO

entonces y una mujer, jovencita aún. Asistí al mitin. Yo era también entonces un chaval. Aquella joven me cautivó por su oratoria y por la firmeza de sus convicciones. Hoy he venido a caer en la cuenta de que aquella joven oradora del año 1936, en Valencia, es la alcaldesa de Bilbao».

—Exacto, contestó Pilar Careaga sonriente. Aunque ha tardado usted mucho tiempo en darse cuenta.

Bilbao está actualmente en un momento de gran desarrollo y su alcaldesa lucha a brazo partido por afrontar toda una serie de problemas. «Sé, me dijo, que algunos pensarán, al ocupar yo este puesto, si he convertido la ciudad en un matriarcado; pero muchos hogares de Bilbao en el pasado tuvieron un cierto aire de matriarcado. Al estar el esposo ausente durante largas temporadas en la mar, la mujer tenía que hacerse cargo de la casa, dirigir la misma y resolverlo todo».

Partido en dos por el Nervión, Bilbao tiene que construir muchos puentes, pues incomprensiblemente sólo cuenta con tres o cuatro. Dividida en estrechos valles y constreñida ya por la montaña la actual población, el Gran Bilbao tiene que asentarse sobre el Valle de Asúa, y para ello está terminando el necesario túnel de Archanda; necesita abastecimientos de aguas, porque actualmente se está depurando la «achocolatada» corriente del Nervión y dentro de poco la ciudad llegará a los 600.000 habitantes, y se están construyendo unos grandes embalses; precisa de aeropuerto, porque el de Sondica es casi impracticable, y se está haciendo uno nuevo; el puerto era ya insuficiente, y ya están aprobados los planos del gran puerto; marcha a excelente ritmo la Refinería de Vizcaya, que estará terminada en 1972, y para cuya construcción ha habido que desviar, canalizar y dragar ríos; su importe será de 7.000 millones y medio de pesetas. Ha sido inaugurada hace unos días la «europista» Bilbao-Beobía y está a punto de terminarse la nueva Universidad autónoma. Este es el momento del gran desarrollo de Bilbao y en el que, como decimos, ocupa un puesto clave una mujer, Pilar Careaga, respetada y querida por todos los bilbaínos.

—Pero y este fastuoso salón árabe en las Casas Consistoriales—preguntamos a la alcaldesa—, en una ciudad como la de Bilbao donde las fuerzas de Abderramán no pusieron su planta, y con más influencia británica y francesa que mediterránea?

—Pues, lo ignoramos. Es un misterio. Por más que hemos buscado en los archivos municipales, no hemos podido encontrar referencia alguna. Debe ser simplemente que el estilo estuvo de moda en la época en que se construyó el edificio, y tanto el alcalde como el arquitecto se dejaron ganar por el mismo.

Por último, como digo, lo que también me sorprendió en Bilbao fue el hecho de que a un cura, que cenaba junto a mí en la barra de una cafetería, le sustrajeron la cartera. A mí, que me registren, desde luego.

Uno ha tenido siempre una imagen demasiado estereotipada del cura vasco, tenemos que reconocerlo. Se debía sin duda alguna a que generalmente, en una época, eran los que tenían a su cargo los ejercicios espirituales en casi toda España. Cuando llegaba la Semana Santa, salían los jesuitas en particular y los sacerdotes en general de aquella región, como en bandadas, para predicar la fe de Cristo por todo el resto de la Patria. Ejercicios espirituales donde no hubiera un predicador vasco, parecía que no eran ejercicios espirituales ni nada. Y no puede olvidar uno aquel estilo tremendista que tales sacerdotes imprimían a sus sermones destinados a los ejercitantes. Quizá también el prestigio de los curas vascos se asentó mucho en el hecho de que fuera de allí—de Guipúzcoa, no vayamos a caer nosotros también en la trampa—San Ignacio de Loyola.

Pero hoy aquella imagen está un tanto desvaída y hay curas vascos que son menos curas que otros de cualquier lugar de España. ¡Cómo cambian los tiempos! Y he aquí cómo uno de éstos, joven, con «clergyman» y con aire de contestatario, fue el que vino a sentarse junto a mí, para cenar, en una bullanguera cafetería de las Siete Calles. Después de cenar pagó, conversó un largo rato con el barman y se fue. Mas no tardó mucho en volver. Le habían robado la cartera, según dijo.

—¿No la dejaría en su casa?, le preguntó alguien.

—¿Qué va! Si la saqué aquí antes para pagar la cena. Y se fue triste y pesaroso. Yo me quedé pensando lo que va de ayer a hoy. Un cura vasco entonces era algo sagrado, al que hasta los ladrones respetaban. Claro, pensé también, que en una sotana de aquellas, de lana buena, era más difícil para los cacos «trabajar» que en una de estas chaquetas de «clergyman» de ahora. Pero lo que es indiscutible es que hay una subversión de valores y que ya nadie respeta sus fronteras.

pocos milímetros de la diana, en esta lucha suya por manifestarse sin rodeos, por expresarse explosivamente, ahora que parece que todas sus inquietudes se han metido en un canal que tiene su fuente en el arte erótico.

Togores —juventud, espesa barba negra, amuletos, chilaba, carreras de coches, salmónes en San Andrés— es un buen amigo, informal con todo el mundo «porque siempre tiene muchas cosas en la cabeza», campeón de la disculpa que parece ingenua aunque no le sea, organizador del más perfecto desorden, profesional desde los trece años y muchas cosas más que contribuyen a que sea el amo y señor de una silueta de gran originalidad, trata o intenta mejorar sus propias marcas.

El caso es que Alejandro Togores, fotógrafo de gran sensibilidad, filmador de televisión y gran entusiasta de las artes plásticas, ha expuesto en la Galería Vandrés, en Madrid, al lado de los maestros españoles de más altura; ha sido objeto de un trato excelente por parte de la crítica madrileña y, desde hace unos días, es dueño de la noticia de que su obra se ha cotizado y ya ha pasado a la propiedad de un importante coleccionista español.

Con todo esto por delante, concertamos un cambio de impresiones con Alex Togores, apechamos con las incomodidades de su original tresillo marroquí, rechazamos un té del Aaiun y en ese clima de gran cordialidad que se respira a su lado, entramos en la investigación de esta su nueva andadura por los caminos del arte.

—Galería Vandrés, Picasso, Dalí, Miró... Togores. Una salida al público que se sale en mucho de lo corriente. ¿Co-

## CURSILLO DE HOGAR DE LA SECCION FEMENINA

En la Escuela de Hogar de la Sección Femenina del Movimiento, dará comienzo un Curso de Hogar del 5 de julio al 31 de agosto, especialmente dedicado a las estudiantes. Dicho cursillo comprenderá las siguientes materias:

HOGAR.— Labores. Trabajos Manuales y Corte. (Se pueden matricular en las asignaturas que prefieran o en todas).

COCINA TEORICA Y PRACTICA.— Importancia de la alimentación en la salud. Composición de los alimentos y clasificación. Necesidad de las vitaminas en la alimentación. Modo de aprovechar la comida sobrante que resulte agradable y buena. Platos sencillos.

Para informe y matrícula en la Escuela de Hogar de la Sección Femenina, San Lucas 5-2ª de 3 a 6 de la tarde. Teléfono: 24-35-04.

—¿Como llegas a la Galería Vandrés sin ningún historial sin un nombre artístico?

—Fui acompañando a Martín Chitino y José Luis Toribio. Le dijeron a la directora de la Galería algunas cosas sobre mis inquietudes, sobre mis experiencias. Ella, sin comprometerse lo más mínimo, me invitó a que enviase una obra. No ocurrió más que eso, que no puede ser más sencillo.

—¿Desde cuando te preocupaba el erotismo en el arte?

—El concepto del erotismo lo tiene todo el mundo. El artista lo traslada a su universo de ideas y lo manifiesta según su manera de hacer.

—¿Consideras importante una exposición centrada en este aspecto, es decir, en el erotismo?

—Importantísimo. En casi todos los artistas se da de alguna manera. El erotismo tiene mucho misterio, mucha fuerza. Su importancia en España, mayor aun, por lo que rompe con nuestro tradicional estilo de insinuar cuando se trata de este tema.

—¿Fue grande la repercusión en el extranjero?, de esta I Exposición Nacional del erotismo en el arte?

—Muy grande. Recuerda los nombres: Picasso, Dalí, Miró, Saura, Millares, Chirino. Por otra parte la exposición suponía algo más, un compromiso, un paso, muchas cosas.

—¿Están las artes plásticas españolas, a tu juicio, a la altura de las más importantes del mundo?

—Están a la cabeza. Eso es indudable. Otra vez Picasso, Miró, Millares, en la pintura; Chirino, Pablo Serrano y Chillida, en la escultura, con ese capítulo tan especial que se merece Julio González, tan sumamente importante, que ha sido un poco la apertura al nuevo mundo de la escultura; el primero que utilizó el hierro, el padre de la moderna escultura, en una palabra.

—Volviendo a tu primera participación en una exposición colectiva, ¿que otros artistas canarios intervinieron en ella?

—Martín Chirino, Emilio Machado y José Toribio.

—¿Qué es lo que tu haces, exactamente? ¿Qué técnica empleas?

—Yo empiezo utilizando un procedimiento fotográfico para terminar con la técnica mixta del «collages». Los escasos elementos que incorporo, por otra parte, tienen siempre carácter de impronta.

—La primera experiencia, subrayada por el éxito, ya empieza a quedarse atrás y es obligado hablar del futuro. ¿Qué tienes previsto en este sentido?

—Exponer, desde luego. Posiblemente, aquí, en Tenerife; tal vez, en Madrid. No lo sé con seguridad. Parte de esa obra que quiero exponer la pre-

Cal y arena

# A TODO TRAPO

El Consejo de Ministros ha dado su sí a la solicitada prórroga para la elaboración del proyecto de Régimen Especial para Canarias, por lo cual se amplía hasta el mes de diciembre el tiempo disponible para estudiar plenamente, con serenidad y con responsabilidad, esos textos que, sin la menor duda, son fundamentales para el futuro desarrollo de la región canaria.

Así, pues, no se podrá perder el tiempo a partir de esta fecha, ya que esperan duras jornadas a los representantes canarios para poner, sobre el blanco papel, las definitivas conclusiones de estas islas, que quieren mirar hacia adelante con optimismo. Así, pues, no habrá vacaciones para estos hombres, y en el largo verano—casi un cuarto de año por delante—habrá tiempo para ir aclarando muchas cosas confusas, sentar firmes bases y lanzar hacia adelante toda esa amplia problemática que las islas tienen planteadas.

El Régimen Especial podría ser beneficioso para estas islas; podría resultar la panacea que durante tanto tiempo hemos querido para obtener para las islas esa identificación económica con el resto del país; industrializar estos espacios hasta ahora agrícolas; crear definitivas fuentes de ingresos que nos dejen respirar con alivio en los momentos de crisis; para crear también una serie de apoyos que sirvan como soporte a la endeble economía insular, a la tremenda descapitalización que tiene en vilo a quienes sueñan con realidades próximas que faciliten nueva vida a un archipiélago que está a casi dos mil kilómetros de la capital de la nación.

¿Será esta la solución definitiva? No quisiera que el Régimen Especial para Canarias fuera pieza clave en el futuro de las islas, en el mañana económico que ya se ve venir, pero que aún se presenta entre la nebulosa de la distancia por una parte, y entre las brumas de una situación económica de subdesarrollo.

Unos quinientos mil canarios viven fuera de las islas. Han tenido que buscar salida a una situación para ellos grave. Faltan puestos de trabajo; la agricultura no ofrece perspectivas y los profesionales no encuentran la canalización de sus ambiciones. Faltan, pues, industriales con imaginación, capaces de crear donde apenas hay nada; faltan ilusiones para transformar nuestra actual agricultura, que adopta aún fórmulas incomprensibles; falta dinero y romper desilusiones para dar una vida a la agricultura; faltan muchas cosas en este pequeño pero complicado mundo nuestro.

Hay un margen de varios meses para desandar lo andado, partir de nuevo, siempre tras la pista de premisas que esas sí que deben ser las mismas; meses faltan, de intenso y fatigoso trabajo, para llegar al límite final de este periplo después de una calma chicha angustiosa o de sufrir mares picadas sin llegar a tormentosas.

Aún queda por delante algún tiempo. ¿Suficiente para llegar a la meta impuesta? ¿Se podrá hacer en seis meses lo que en más tiempo no se pudo?

Creo que sí es posible, porque la capacidad de trabajo de estos hombres de la Comisión Canaria, es grande, como grande es la voluntad de servir a los habitantes de las islas.

Mucho queda por hacer. Mucho y en poco tiempo. Pero la Comisión debe cubrir esas etapas a todo trapo, con las velas de la ilusión desplegadas como a buenos marinos corresponde. Y a echar por la borda los lastres, si fuera preciso.

Y si no hay vacaciones, que no las haya. Bajo el sol de julio, agosto y septiembre; sobre las hojas amarillas del otoño o contemplando las blancas nieves del Teide, la Comisión concluirá su trabajo en el tiempo previsto. Eso esperan las islas.

Gilberto ALEMAN

mundo nuevo, a una soledad alta, a un silencio humano.

Bajo la rosada nube de tejas, aquellas humildes tejas canarias, había amontonamiento de viejo barrio con sólo dos aspectos para nuestros años niños: cortada sobre el cielo de oro del ocaso, la torre de piedra de la vieja iglesia con ese su aire de todos los tiempos—de los ya idos para siempre, de los presentes y de los que vendrán—y, frente, azul y blanco de olas, el mar de la tarde pintado de barcos.

El viejo mirador—ese que ya no es—era un aislamiento voluntario.

El viejo mirador era encontrar una libertad aún no perdida, libertad de niño para quien lo irreal era real, para quien lo conocido era desconocido.

En el mirador había como un vidrio de ilusión. ¿Quiénes vivían en aquellas casas? No lo sabía. Nunca lo supe.

Y si ahora recuerdo aquel mi viejo, desaparecido mirador, es a la vista de los pocos que, ciegos ya, levantan sus anacrónicas estampas en este Santa Cruz de ayer, de siempre.

Los miradores eran soledad, tarde, silencio humano. Hoy son, en fin, parte de un viejo y casi muerto Santa Cruz.

En ellos el alma se iba, en las tardes tranquilas—en aquellas en que el aire dormía encantado—en su barco de paz y, silencioso, cruzaba el horizonte. Se iba en busca de sus sueños lejanos, a un vivir en tierras bellas sus más atrevidas fantasías.

Desde arriba, las ventanas y las puertas ponían su nota de color en las fachadas bañadas por la sombra verdinegra de palmeras, laureles de Indias y la lanza vegetal—erizada de flechas—de una hermosa araucaria.

Así la vi desde el entonces alto mirador. Así la vieron todos los que, antes que yo, por allí pasaron.

Entonces buscaban una canción de colores en la tarde tranquila e indolente. Buscaban la última, suspiradora brisa de la tarde, la que endulza la puesta del sol.

Buscaban—bien lo sé—soledad y calma, grandeza y silencio. Algo que ya apenas existe en la ciudad de hoy.

Hoy de nada sirven los viejos miradores que, con pena infinita, se alzan a la sombra de verticales paredes de muerto, frío cemento y cristal.

Bajo la arboleda gris y cobre—la perennidad de la hoja que no se seca, que no se muere—los callaos con rumor de playa y color de agua. A lo largo de todo el redondo horizonte del mirador, las nubes encrespaban sus cimas deformes, cimas en las que el sol reflejaba su maravillosa sucesión crepuscular de ópalo.

Los miradores se abrían a las azules e infinitas huertas de la mar.

Los miradores eran el palco, magnífico, que las casas de entonces disponían para el espectáculo maravilloso del puerto en constante movimiento.

Ellos eran los primeros en ver romper en la playa las olas de luz de aurora. Luego, en el sopor de la siesta, el mirador dormía al sol. El mar mecía entonces diamantería de olas soleadas y, al llegar la tarde tranquila, abría sus frescos abanicos de plata mientras, en el silencio solitario del lejano horizonte, surgía una fragata, blanca, que—con todo el trapo largo—se dejaba llevar por la limosna de la brisa.

Hoy los miradores están ciegos.

Hoy los miradores no tienen horizontes donde posar sus miradas. Solos en el viento y la lluvia. Solos bajo el sol y en el viejo Santa Cruz.

Y fuera soledad alta, silencio humano, el mismo que ahora, con diferente sentir, en ellos se respira. Y que ya no ofrecen, como antaño, la fronda de paz en paz y dulce del corazón de la ciudad, la mar domesticada de su puerto y la siesta de los barcos.

Hoy lo que queda de la vieja plaza no se llena, como antaño, con la algazara de voces nuevas que, apagadas, llegaban al viejo mirador que aún estaba y permanecía, casi altivo, a la sombra de la centenaria torre.

Era el momento en que casi quedaba en sombra, el momento en que los altos caserones daban muerte al sol de la tarde.

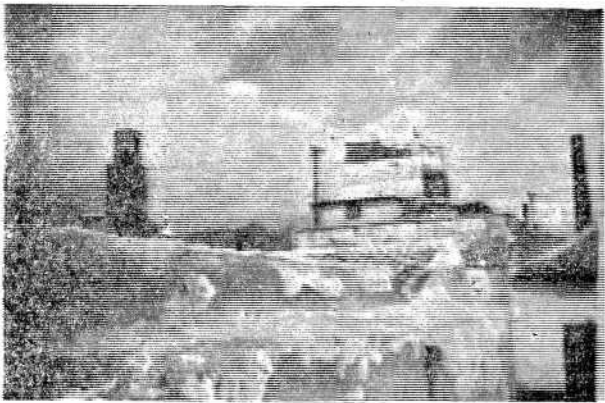
Y era entonces cuando, lleno de inexplicables nostalgias, pesaba y dolía el corazón, como duele y pesa hoy cuando, al pasar de los años, miramos hacia atrás y, como entonces, contemplamos el cristal de llamas de la gloria del ocaso.

Hoy, como ayer, sobre la tierra amarga se abren los partees en flor, en silencio.

Pero ya no se amontona bajo los grandes, copudos laureles de Indias, la sombra espesa y fresca de los tiempos idos para siempre. Pero, como en aquellos—y ahora sobre la blanca, centenaria cruz—siguen cayendo lentas, las lágrimas sonoras de las viejas campanas.

Crece la paz en la plaza en sombras y, arriba, sobre donde se alzó el mirador que daba sus frentes al naciente y al poniente, en las ascuas de un crepúsculo morado, la noche que llega enciende un lucero.

# Soledad alta y silencio humano



Uno de los pocos miradores que, aún, se abren a la mar en el viejo Santa Cruz. (Foto Alfonso Esteban).

Las viejas casas del no menos viejo Santa Cruz van quedando en el recuerdo. Sobre ellas, ciegos ya, los miradores ven limitados sus antes amplios horizontes.

Muros de cemento, cristal y acero, han apagado el rebullir de soles de antaño y—empequeñecidos, rodeados de ciudad y de silencio, hondo silencio—los miradores ya no se abren, como antes lo hacían, hacia un naciente y hacia un ocaso.

Los viejos miradores no miran ya hacia aquel que fue su mar, su objetivo en la ciudad que poco a poco va dejando de ser, que ya casi no es.

Recuerdo un mirador de mis años niños, un mirador que ya no se alza en una vieja plaza de Santa Cruz que, aún, guarda recuerdos y ecos de un pasado que, por paradójica, es presente vivo, palpable. Y era aquel un mirador al que siempre imaginé hecho para el descanso en aquellas tardes de dominos, tristes, plenos de nostalgia, mientras, mar afuera, un lento velero rompía la sublime rectitud del horizonte.

Se asomaba uno por el mirador, sobre rojas tejas, a un mundo nuevo, a una soledad alta, a un silencio humano.

Bajo la rosada nube de las tejas, aquellas humildes tejas canarias, había amontonamiento de viejo barrio con sólo dos aspectos para nuestros años niños: cortada sobre el cielo de oro del ocaso, la torre de piedra de la vieja iglesia con ese su aire de todos los tiempos—de los ya idos para siempre, de los presentes y los que vendrán—y, frente, azul y blanco de olas, el mar de la tarde pintado de barcos.

El viejo mirador era un aislamiento voluntario.

El viejo mirador era encontrar una libertad aún no perdida, libertad de niño para quien lo irreal era real. Para quien lo conocido era desconocido.

En el mirador había como un vidrio de ilusión.

¿Quién vivía en aquellas casas? No lo sabía. Nunca lo supe.

Y si ahora recuerdo aquel mi viejo, desaparecido mirador, es a la vista de los pocos que, ciegos ya, levantan sus anacrónicas estampas en ese Santa Cruz de ayer, de siempre.

Los miradores eran soledad, tarde, silencio humano. Son, en fin, parte de un viejo y casi muerto Santa Cruz.

En ellos el alma se iba, en las tardes tranquilas—en aquellas en que el aire dormía encantado—en su barco de paz que, silencioso, cruzaba el horizonte. Se iba en busca de sus sueños lejanos, a un vivir en tierras bellas sus más atrevidas fantasías.

Desde arriba, las ventanas y las puertas ponían su nota de color en las fachadas bañadas por la sombra verdinegra de palmeras, laureles de Indias y la lanza vegetal—erizada de flechas—de una hermosa araucaria.

Así la vi desde el entonces alto mirador.

Así la vieron todos los que, antes que yo, por allí pasaron.

Entonces buscaban una canción de colores en la tarde tranquila e indolente. Buscaban la última, suspiradora brisa de la tarde, la que endulza la puesta del sol.

Buscaban—bien lo sé—soledad y calma, grandeza y silencio. Algo que ya apenas existe en la ciudad de hoy.

Hoy de nada sirven los viejos miradores que, con pena infinita, se alzan a la sombra de verticales paredes de muerto, frío cemento y cristal.

Bajo la arboleda gris y cobre—la perenidad de la hoja que no se seca, que no se muere—los callaos con rumor de playa y color de agua. A lo largo de todo el redondo horizonte del mirador, las nubes encrespaban sus cimas deformes, cimas en las que el sol reflejaba su maravillosa sucesión crepuscular de ópalo.

Los miradores se abrían a las azules e infinitas huertas de la mar. Eran el palco, magnífico, que las casas de entonces disponían para el espectáculo maravilloso del puerto en constante movimiento.

Ellos eran los primeros en ver romper en la playa las olas de luz de aurora. Luego, en el sopor de la siesta, el mirador dormía al sol. El mar mecía entonces diamantería de olas soleadas y, al llegar la tarde tranquila, abría sus frescos abanicos de plata mientras, en el silencio solitario del lejano horizonte, surgía una fragata, blanca, impulsada por la limosna de la brisa.

Hoy los miradores están ciegos. Hoy los miradores no tienen horizontes donde posar sus miradas. Solos en el viento y la lluvia. Solos en el muerto Santa Cruz.

Y fueron soledad alta, silencio humano, el mismo que ahora, con diferente sentir, en ellos se respira. Y que ya no ofrecen, como antaño, la fronda de paz en paz y dulce del corazón de la ciudad, la mar domesticada de su puerto y la siesta de los barcos.

Hoy lo que queda de la vieja plaza no se llena, como antaño, con la algazara de voces nuevas que, apagadas, llegaban al viejo mirador que aún estaba.

Era el momento en que casi quedaba en sombra, el momento en que los altos caserones daban muerte al sol de la tarde. Y entonces, pleno de inexplicables nostalgias, pesaba y dolía el corazón, como pesa y duele hoy cuando, al pasar de los años, miramos hacia atrás y, como entonces, contemplamos el cristal de llamas de la gloria del ocaso.

Hoy, como ayer, sobre la tierra amarga se abren los parterres en flor, en silencio. Pero ya no se amontona bajo los grandes, copudos laureles de Indias, la sombra espesa y fresca de los tiempos ya idos para siempre. Pero, como en aquéllos, siguen cayendo, lentas, las lágrimas sonoras de las viejas campanas.

Crece la paz en la plaza en sombras y, arriba, sobre donde se alzó el mirador que daba sus frentes al naciente y al poniente, en las ascuas de un crepúsculo morado, la noche que llega enciende un lucero.